

muy poco por allá. Escribía para revistas y periódicos de su país y, mal que bien, le pagaban. Su miseria de entonces estaba lejos de aquella desesperación a que llegó más tarde en Zurich, donde, para no morir de hambre, tenía que fregar pisos y suplicar en los hoteles que le permitieran lavar la vajilla a cambio de un plato de *choucrute*.

Junto a Zeitglockenturm, una especie de Puerta del Sol bernesa, existe un café — *Café du Theatre* — que es el centro de todos los intelectuales de la ciudad federal. Su clientela se compone de profesores de universidad, de periodistas, de artistas pobres que por cincuenta céntimos pueden apurar una tasa de buen café y hojear publicaciones de todo el globo. Allí van también diputados y consejeros federales, y como el edificio es grande y hay numerosos compartimientos, muchos representantes diplomáticos y consulares que desean estar en contacto con la realidad circundante, frecuentan también el Café del Teatro. Es un museo de almas, un delicioso mosaico cosmopolita nuestro amado recinto de Zeitglockenturm! Lennine lo frecuentaba a diario. Yo no sé debido a qué azar, su mesa era la misma en que, dos años más tarde, habría yo de sentarme en horas de nostalgia, mientras el frío, fuera, helaba el aliento y sobre la paz de la ciudad caía la nieve. Yo fui a aquel sitio por afinidades de idioma con uno de los concurrentes. Pero ninguno de ellos hablaba el ruso, y sobre todo ninguno, ni en la práctica ni en la teoría, participaba de las ideas de Lennine. El dictador ruso, me decían mis amigos, llegaba de una y media a dos de tarde. La muchacha le servía el café, el *garçon* ponía ante él diarios rusos, alemanes, polacos, franceses, etc., y el cliente se ensimismaba en la lectura. A su alrededor se gritaba en lengua francesa, en español, en italiano y en *patois* bernés, y Lennine, después de una hora de completo mutismo, consentía en tomar parte en las discusiones con ademanes de cansancio y con una mirada vaga, errante, mirada de hombre que acaricia un ensueño. Sus ojos, que eran pequeños, taladraban las fisonomías, ahondaban como dos alfileres de luz. De sus anhelos de renovación, de sus dolores de desterrado, casi nunca decía una palabra. Un mexicano que le conoció algo más íntimamente, me repetía que el Lennine del café era diverso al que, paseando con él en la vasta selva de Kirchenfeld, o de noche en la terraza del Kursaal, consentía en remover ideas políticas. Entonces vibraba todo, se hacían amplios y tribunicios sus gestos y los pómulos salientes de su rostro cetrino cobraban un acento imperioso. En

aquellos momentos se descubría su voluntad inflexible, y el conductor de hombres que ya germinaba en él, surgía de pronto bajo un halo de fe.

—¿El poder de seducción de Nicolás Lennine?—preguntaba yo a mi amigo. —La sinceridad, el acento convencido de sus palabras. Por lo mismo que hablaba poco, cuando hablaba siempre tenía algo que decir. Carecía de elocuencia, de esa elocuencia a la manera ática. Pero era difícil seguir el hilo de sus razonamientos sin sentirnos dominados, vencidos por la fuerza íntima, concreta, de su dialéctica.

Dentro de unos lustros, la Historia juzgará la obra y las acciones de este

hombre extraordinario. Se le condenará sin apelación o se le redimirá de los horrores que ahora se le imputan. ¿Qué nos importa? En su vida, independiente de su ideología y del resultado infructuoso o eficaz de sus prédicas, hay una bella lección de energía. Luchó siempre por una causa que era buena o mala, según el plano en que nos coloquemos. Soportó la miseria. Y, personalmente, triunfó, aunque no fuera más que por haber llegado a dominar hombres, que es la suprema voluptuosidad terrestre.

J. DE LA LUZ LEÓN

(*El Mundo*, Habana).

En España ha vuelto el nefando contubernio de la cruz con la espada

Carta reciente de don Miguel de Unamuno al grupo de estudiantes "Renovación" de La Plata, Rep. Argentina

Sr. Don Carlos Américo Araya.

Recibo, amigo mío, su carta y el primer número de *Valoraciones*. Gracias.

¿Con qué VIEJO UNAMUNO? Sí, es verdad, camino a los sesenta, pero cuanto más viejo me siento más liberal. No me pasa lo que a otros. Pero es que nunca lo fueron. En el tono triste de la cosas del pobre Lugones, a quien siempre le faltó la clara sonrisa del HUMOR, por ejemplo, se transparentaba la lóbrega pasión que le ha llevado a la patriotería fajista. Aquí tenemos ejemplos parecidos. Y más ahora con la tragicómica farsa de ese botarate de Primo de Rivera—un peluquero con menos juicio que un renacuajo—caricatura del ya caricaturesco Mussolini y que ha abierto aquí, en esta pobre España, un régimen inquisitorial de delaciones secretas y de persecuciones arbitrarias. No se hace usted idea de lo que es, v. gr. la censura ejercida por pobres beocios desmentalizados por la ordenanza. El grito—aullido más bien—de guerrilla de esta jauría es «¡fuera la libertad!» Como si fuese posible justicia sin libertad. Admiten la denuncia secreta—contra los enemigos, es claro!—pero no se les puede denunciar a ellos públicamente.

Corremos, aquí al menos, días tristes, créamelo. El odio troglodítico a la inteligencia se ha exacerbado. Hace un siglo hizo el abyecto Fernando VII asesinar a Riego. Y estamos como en 1823.

Me crié en medio de la guerra civil,

dediqué más de una docena de años a estudiarla—de ahí salió mi novela PAZ EN LA GUERRA, reeditada hace poco—y hoy, al cabo de los años, me encuentro con que se adueñan del poder en mi desdichada patria los que parecieron vencidos en 1840 y 1876.

Y vuelve el nefando contubernio de la cruz con la espada, o del pectoral con el fajo.

Y aún hay aquí quien recuerda la frase de nuestro Costa sobre el cirujano de hierro. Como si matarife fuese cirujano y pudiese la espada hacer de bisturí.

Pero veo que le hablo sino de lo nuestro. ¡Me duele tanto España! Y cuanto más me duele más la quiero.

Hablan en la revista de «política universitaria». No hay más que una y es sostener la justicia civil que sin libertad es imposible. Y la más completa, la más absoluta, la más entera libertad de crítica.

Para el sagrario de la inteligencia no puede haber dogmas, ni religiosos ni patrióticos. La ortodaxia del patriotismo es otra servidumbre.

Dígale a José Gabriel que la filología es algo más y más elevado que el foneticismo fisiologista, como la psicología es otra cosa que esa mandanga de los pincharanas y cuenta-tropezones.

Ahora que el que tiene numen hace poemas y el que no le tiene cuenta sílabas de versos ajenos; y dígale que la filología es más cosa de estética que no de lógica.

Me complace entretenerme con ustedes pues me hago la ilusión de reju-